



CURSO DE INTRODUCCIÓN A LA ENSEÑANZA ROSACRUZ

1. La búsqueda del sentido de la vida

*“Conocer a los demás es sabiduría.
Conocerse a sí mismo es iluminación.
Vencer a los demás requiere fuerza.
Vencerse a sí mismo requiere fortaleza.”*

Tao Te King

Algo que distingue al ser humano del resto de las especies conocidas que pueblan nuestro planeta es su capacidad para hacerse preguntas. Para muchos, tal vez también para usted, la vida discurre en un permanente diálogo, en el que la conciencia no cesa de plantearse interrogantes y sugerir respuestas. Sin embargo, la verdadera respuesta, aquélla que esperamos encontrar como una experiencia plena, única, auténtica, parece escurrírsenos de las manos, como la fina arena.

Sí, es muy probable que usted se haya preguntado en muchas ocasiones qué sentido tiene una vida que está predestinada a perecer algún día. ¿Acaso el ser humano es un organismo biológico dotado de conciencia, cuya existencia se desarrolla a lo largo de unas décadas, para acabar disolviéndose en la nada? ¿No siente usted en lo más profundo de su ser algo que parece latir más allá de lo que la conciencia puede abarcar, algo que llama a trascender el espacio y el tiempo?

Sin embargo, todo cuanto vemos a nuestro alrededor lleva impreso el sello de la decadencia. De igual manera que los mayores imperios han acabado sucumbiendo al paso del tiempo y ahora sólo podemos contemplar sus ruinas y sus legados culturales, cualquier experiencia en la vida se nos presenta como fugaz y transitoria.

Así podemos comprender que el principio universal del eterno retorno –por el que todo parece girar en ciclos sin fin, en un continuo nacer, florecer y marchitarse– rige el orden de este mundo.

Quizá haya experimentado la insatisfacción de no haber conseguido nada auténticamente duradero. Incluso todo conocimiento debe abandonarse un día por otro conocimiento que, en muchas ocasiones, implica reconocer que estábamos equivocados. Y esta permanente insatisfacción genera en nosotros una peculiar desazón, una incomodidad que nos impulsa una y otra vez a buscar algo que colme nuestras ansias de verdadero saber.

Muchos son los caminos que podemos recorrer para satisfacer esta necesidad. La ciencia, el arte, la religión... nos ofrecen múltiples respuestas y posibilidades, pero probablemente si ahora está leyendo esto es porque percibe en su interior que todavía queda algo por descubrir. Las respuestas que nos proporciona la ciencia oficial nos

parecen especulativas e insuficientes; las propuestas de las religiones tradicionales ya no conectan con las demandas actuales de la sociedad y los caminos del arte se vuelven estériles ante el constante incremento del sufrimiento mundial. Éste es un estado de conciencia que muchos seres humanos comparten hoy en día: el de saberse humildes buscadores de la verdad.

Porque, ¿qué sentido puede tener una vida caracterizada por la lucha continua? Seguramente aspiramos a una perfección, a un mundo ideal; pero ¿dónde podemos encontrar tal perfección? O, mejor dicho, ¿cómo es posible alcanzar un estado de ser semejante?

Allá donde miramos encontramos lucha y muerte; no hay especie o manifestación de vida conocida que escape de semejante experiencia. Para todo ser vivo, la supervivencia es casi siempre la preocupación más importante, hasta el punto de que el ser humano ha convertido esta cuestión en uno de los mayores y más fructíferos negocios. Si reflexiona al respecto, seguro que encontrará numerosos ejemplos.

Así pues, debemos reconocer que muchas de las cosas que nos acontecen en el normal desarrollo de la vida no nos satisfacen, no responden a nuestras expectativas. El mundo nos ofrece infinidad de alternativas para satisfacer nuestros deseos más variados y, sin embargo, un vacío y una desesperación profundos atenazan los corazones de innumerables seres humanos, cuyas almas se sienten como pájaros que por error han entrado en el interior de una casa y, en su desesperado intento por recuperar la libertad, se golpean una y otra vez contra el cristal de las ventanas.

Pero no hay nada peor que caer en la desesperación. El príncipe Sidharta –quien más tarde alcanzó el estado de Buda– tuvo que salir

del palacio en el que vivía, de esa burbuja ilusoria que le envolvía y le protegía de la turbadora realidad del mundo, para descubrir que sólo andando se hace camino, que sólo la transformación interior puede llevarnos a un estado de conciencia más pleno y, por tanto, a una experiencia y un conocimiento superiores de la vida. Fue confrontado con la enfermedad, la vejez y la muerte, y sólo tras este impactante descubrimiento decidió abandonar la falsa seguridad que le protegía y embarcarse en la mayor empresa que jamás puede plantearse un ser humano: el conocimiento de sí mismo.

En la medida que este conocimiento se amplía, la conciencia adquiere la capacidad para comprender las leyes que rigen el universo. De este modo, poco a poco, las preguntas van encontrando respuestas.

Este conocimiento de la verdadera situación en la que nos encontramos –que, más que conocimiento, es el “reconocimiento” de la realidad que se esconde tras el velo de la ilusión de Isis–, es el punto de partida del camino rosacruz; pues nada puede transformarse si no se conoce antes. El rosacruz sabe que debe comenzar por conocerse a sí mismo, porque esta es la senda que lleva a conocer las leyes que rigen el mundo y la voluntad de Dios.

De este modo, sabiendo que de nada sirve una verdad que no pueda ser aplicada, un conocimiento que no pueda ser experimentado, hacemos nuestra la máxima de Buda: “la verdad es lo útil”.

La verdad sólo nos hará libres en la medida en que transforme nuestra conciencia. Gracias a esta transformación, lo accesorio, aquello de lo que podemos prescindir, va perdiendo fuerza en nosotros y una nueva experiencia acudirá a la intemporal llamada que late en lo más profundo de nuestros corazones.

2. El encuentro entre el tiempo y la eternidad

*“Vigilad para que nadie os extravíe diciendo:
“¡Helo aquí!” o “¡Helo allí!”, pues el hijo del hombre
está dentro de vosotros mismos. ¡Seguidlo!”*

El Evangelio de María

En el anterior capítulo reflexionábamos sobre la fugacidad de la vida y el carácter transitorio de todo lo que el ser humano puede experimentar o poseer, debido a la polaridad que caracteriza el mundo en el que vive. Todo cuanto existe es la manifestación, en mayor o menor medida, de una determinada cualidad y de su contrario. Luz y tinieblas, amor y odio, bien y mal, alegría y tristeza... se suceden en un permanente ir y venir, de forma similar a como se mueve péndulo. Ésta es una ley natural que rige la vida; sin embargo, esta ley, que debería permitir al ser humano una constante evolución, dejando atrás lo antiguo para elevarse en lo nuevo, es experimentada por él con gran desazón y es causa de muchos sufrimientos. Pues en nuestro interior hay algo que aspira a lo permanente, a lo absoluto y eterno. Qué contradicción, ¿no? ¿Cómo puede una criatura aspirar a algo permanente en un universo caracterizado por el cambio constante? Le invitamos a reflexionar sobre esto, porque en esta cuestión se esconde el misterio de la transformación del alma. A lo largo de estas cartas esperamos irle desvelando las claves que le permitan encontrar la respuesta a esta pregunta.

En todos los tiempos y culturas encontramos relatos del origen de la humanidad y de los hechos acaecidos en un remoto pasado. La

mitología está llena de imágenes y símbolos que intentan explicarnos cómo se creó el cosmos y el propio hombre. Uno de tales relatos es el que nos narra las vicisitudes de Prometeo.

Prometeo era inmortal, un Titán. Se dice que él creó a los hombres, dotándoles de una chispa de vida que tomó del carro solar de Apolo. Pero, en un momento dado, Prometeo cometió una afrenta contra los dioses: engañó a Zeus y fue castigado a permanecer encadenado en el monte Cáucaso. Durante el día un águila le comía el hígado, mientras que durante la noche se le regeneraba de nuevo. Prometeo debía permanecer encadenado así hasta el fin de los tiempos, a menos que un ser inmortal ofreciera la vida a cambio de su libertad. Finalmente, tal intercambio se produjo, pues Zeus admitió que el centauro Quirón, aquejado por una herida incurable producida por su propio discípulo, Hércules, entregara su vida inmortal a cambio de la libertad de Prometeo.

Esta bella historia, que sólo le presentamos en parte, encierra un misterio maravilloso que nos muestra, por un lado, el conflicto entre el tiempo y la eternidad, y, por otro lado, la liberación del aspecto inmortal, espiritual, del hombre.

Efectivamente, Prometeo representa el principio de alma inmortal en el hombre, el cual permanece encadenado, pues carece de la posibilidad de manifestarse. Por otro lado, su desobediencia fue debida al uso de sus poderes creadores de manera forzada y experimental. Como consecuencia de ello, los dioses se vieron obligados a aislarlo, para evitar que la desarmonía alterara el orden cósmico. El hecho de que el hígado le sea corroído durante el día y se le regenere por la noche nos indica que el alma ha abandonado el camino de elevación hacia la luz y se ha sumergido en un proceso cíclico de constante nacimiento y disolución.

Así pues, ésta es la situación en que se encuentra la mayoría de los seres humanos actualmente: su espíritu permanece latente, como dormido, incapaz de expresarse en una naturaleza gobernada por los contrarios o, lo que es lo mismo, en un universo restringido por las limitaciones del espacio-tiempo.

Si viéramos al espíritu como la gran fuerza unificadora del universo, necesariamente deberíamos reconocer que la humanidad no se halla en sintonía con él. Las consecuencias de nuestro comportamiento lo demuestran, pues nuestro estado de vida se caracteriza por una continua lucha por el poder y la riqueza. Muy probablemente, usted sabe que ésta es la condición general del ser humano.

El mito de Prometeo, como el de Narciso, el de Adán y Eva, el Isis-Osiris-Tifón y tantos otros, nos hablan de un acontecimiento que es conocido esotéricamente como la caída del hombre original.

No obstante, antes de continuar, creemos conveniente indicarle que la enseñanza de la caída debe ser considerada con extrema precaución. Pues debemos tener en cuenta que la caída ha tenido y tiene lugar de forma multidimensional, y abarca campos de manifestación invisibles, generalmente desconocidos para el ser humano. Por ello, el uso tergiversado que se ha hecho de esta enseñanza ha generado una gran confusión, con la finalidad de mantener a la humanidad bajo una especie de narcosis espiritual.

La idea del “pecado original” y el miedo a la condenación eterna siempre ha sido un medio para mantener a la masa bajo control, para que se sienta dependiente de un poder salvador externo. Así pues, permítanos invitarle a no delegar su responsabilidad en otras manos que no sean las suyas, pues la libertad no es un regalo, sino una elección que debe ser asumida de forma consciente.

En realidad, la llamada “caída” en términos cristianos, la separación entre cuerpo y alma o, dicho de otro modo, la separación entre conciencia y espíritu, no hemos de situarla en un lejano pasado, sino en un acontecimiento que revivimos día a día, segundo a segundo, y del que somos todos responsables. Así pues, permítanos invitarle a no delegar su responsabilidad en otras manos que no sean las suyas, pues la libertad es una elección que no admite intermediarios ni traductores.

Con lo dicho, tal vez ya haya intuido que estamos hablando de dos estados de ser, de dos naturalezas muy diferentes: una, la naturaleza original, en la que el espíritu se manifiesta sin ningún tipo de trabas; otra, que denominamos naturaleza dialéctica –por cuanto la polaridad es vivida como oposición y, por consiguiente, con sufrimiento– en la que el ser humano se debate entre la vida y la muerte...

Quizá alguna vez haya sentido en usted la presencia insondable de ese ser dormido del que le hablamos, de ese principio espiritual que le impulsa y que, en cierto modo, le inquieta; que, en definitiva, hace de usted un buscador. Pues tal ser emite una vibración, una petición de auxilio que, en ocasiones, es escuchada por la personalidad natural como una inquietud o nostalgia que resuena como una lejana e inconsciente llamada.

Este ser original caído, precisamente por su condición de latencia, es denominado, según la terminología rosacruz, átomo-chispa de espíritu o Rosa del corazón, por encontrarse en el centro de nuestro ser, en el corazón. Su despliegue significa un nuevo nacimiento, en el que la conciencia juega un papel determinante, ya que en este proceso se vuelve receptiva a los impulsos del Espíritu.

Usted sabe que todo átomo encierra en sí mismo una poderosa fuerza. La ciencia nuclear, transgrediendo las leyes naturales, destruye el átomo y utiliza de manera violenta esta fuerza como fuente de energía, creando una distorsión en el espacio-tiempo y en los estratos etéricos del planeta.

Pues bien, también el átomo-chispa de espíritu posee una fuerza poderosísima, de naturaleza espiritual, con la que puede transformarse el pequeño mundo que es el ser humano. Esta fuerza reposa inviolada en el núcleo del Santuario del corazón, esperando ser puesta al servicio del plan divino de la creación; es la misteriosa fuerza de la kundalini del corazón, la fuerza primigenia del Amor.

No obstante, al igual que ocurre con la fuerza que encierran los átomos materiales, conviene saber que esta energía nunca puede utilizarse de manera forzada, especulativa o egocéntrica. Quien así procediera sufriría las mismas consecuencias que Prometeo. El universo se protege a sí mismo, por lo que tal ser perdería inmediatamente sus capacidades creativas y sería colocado en un plano de manifestación acorde a sus verdaderas intenciones, para evitar que su actividad pudiera dañar los espacios immaculados de la creación divina.

Tal vez pueda comprender ahora que todo camino espiritual implica la recuperación de la fuerza creadora que el hombre original perdió antaño. Pero tal camino sólo puede ser recorrido bajo determinadas condiciones. El candidato a la iniciación debe mostrar una gran pureza de corazón. Todo egocentrismo está excluido, pues el yo es el resultado de la fragmentación, de la ilusoria multiplicidad que ha generado una vida separada del Espíritu. Por ello, es preciso cuestionarse lo que hasta ahora creíamos ser, pues probablemente

nuestro verdadero yo, nuestro ser interior, en general, todavía está por descubrir.

Cuando la conciencia llega a este reconocimiento, la clave vibratoria del sistema humano comienza a cambiar y ella se vuelve receptiva al toque del Espíritu. A partir de ese momento la conciencia comienza a reconocer, a vislumbrar algo del verdadero sentido de la vida, de la verdadera naturaleza espiritual del ser humano, empujándole a la acción. ¡Pues estado de conciencia es estado de vida! Cuando el yo deja paso al Otro en él, al ser original latente en el corazón, se restablece el puente que une el tiempo y la eternidad y, en este devenir, el conocimiento de sí mismo va adquiriendo progresivamente mayor profundidad.

En realidad, saberse portador de una chispa inmortal nunca es una mera creencia, sino el resultado de múltiples experiencias y también muchas desilusiones, de un aprendizaje que ha ido dejando un poso incontestable de absoluta certeza.

3. El conocimiento de sí mismo

*“¡Es verdad! ¡Es cierto! ¡Es la verdad plena!
Lo que está abajo es igual a lo que está arriba,
y lo que está arriba es igual a lo que está abajo,
para que se cumplan los milagros del Único!”*

La Tabla Esmeralda, de Hermes Trismegistos

Se dice que, en el antiguo Egipto, el camino que llevaba al candidato hasta el Templo de la iniciación le conducía inexorablemente ante la Esfinge. Allí, ella le interrogaba sobre su pasado, su presente y su futuro, preguntándole: “Hombre, ¿quién eres?, ¿de dónde procedes?, ¿a dónde te diriges?” Sólo si el candidato demostraba conocer los principios básicos de sí mismo, es decir, de su doble naturaleza, mortal e inmortal, le era permitido el acceso al interior del santuario.

Desde siempre, el conocimiento de sí mismo ha sido la llave de acceso a las Escuelas de Misterios. Del mismo modo que el carpintero puede llevar a cabo su trabajo porque, fruto de un largo aprendizaje, conoce sus herramientas y la técnica adecuada para su uso, sólo quien se conoce a sí mismo puede proseguir con éxito un desarrollo espiritual.

Pero, como ya le hemos apuntado, este conocimiento no es un saber teórico, sino fruto de un largo camino de experiencias. En este camino de crecimiento continuo, experiencia y conciencia van de la mano. Sólo cuando hay conciencia puede hablarse de responsabilidad. En este sentido ser *responsable* es dar *respuesta* a

las preguntas de la Esfinge –que son las que nos formulamos todos en algún momento de nuestra vida– y actuar en consecuencia.

Un aspecto que ya hemos apuntado en nuestro capítulo anterior es el principio de *no azar* o, dicho de otro modo, de *causa y efecto*. Algo de lo que nos vamos volviendo conscientes a lo largo de nuestra vida es que todo acto genera una determinada consecuencia. Llevando este principio un poco más allá, también podemos decir que toda consecuencia anticipada, es decir, toda intención o expectativa también ocasiona un determinado estado de ser. Del mismo modo que le indicábamos anteriormente que la caída es una experiencia que puede y debe ser considerada desde el presente vivo, también la ley de causa y efecto, conocida como Karma, sólo adquiere sentido cuando el hombre sabe que ya en el presente recoge el fruto de su acción. A partir de este estado de conciencia es posible recorrer el camino que hace al hombre libre; pues libertad y responsabilidad son conceptos que se explican recíprocamente. Dicho con otras palabras: pasado y futuro confluyen en el presente y lo construyen. Descubrir esto y comprenderlo en profundidad sólo es posible a partir de un nuevo estado de conciencia.

En el último siglo la humanidad ha sido confrontada con un hecho innegable, la existencia de lo invisible en nosotros. El ser humano no es tan dueño y señor de sus actos como pretendía. Su inconsciente le subyuga. Así pues, el conocimiento de sí mismo implica llevar a la conciencia todo aquello que nos domina; es decir, ser conscientes de nuestros miedos, nuestras verdaderas intenciones, nuestro velado egocentrismo... Aunque este proceso pueda tener aspectos psicológicos, en realidad esta toma de conciencia sólo es posible a partir del despliegue del núcleo espiritual latente. ¿Por qué consideramos esto así? Porque el subconsciente es el tirano oculto, el

dominador de la personalidad. Su existencia apareció en el momento en que la conciencia perdió su conexión con el espíritu.

El ser humano ya fue llamado por los griegos microcosmos, es decir, pequeño mundo. Siguiendo el principio de correspondencia hermético, *“como arriba, así es abajo”*, el microcosmos es un reflejo del macrocosmos. Al igual que el cosmos presenta dos posibilidades de manifestación, dos naturalezas, una dialéctica – caracterizada por la alternancia de los contrarios– y otra original – que se explica por el eterno devenir en la luz de Dios–, también el ser humano presenta esta doble condición: mortal según su naturaleza animal, e inmortal según su núcleo espiritual latente.

Tal vez se pregunte por qué motivo existe esta doble naturaleza en el hombre. Pues bien, la rosacruz es clara en este aspecto: la personalidad natural, mortal, es fruto del plan de salvación de los microcosmos divinos. El hijo de Dios, habiendo perdido su capacidad de manifestación, necesita de un ser provisional que, en un determinado momento, se vuelva consciente de su ser espiritual latente y, mediante un proceso alquímico de regeneración, permita el renacimiento de este ser dormido en su interior.

Durante infinidad de encarnaciones, el átomo chispa de espíritu permanece a la espera, como una semilla que necesita un medio y unos alimentos adecuados para crecer y manifestar sus capacidades. Esta semilla es inmortal, la muerte no la destruye. No así la personalidad natural, formada a partir de los materiales físicos y etéricos de la naturaleza de la muerte (el aspecto natural, no original, del cosmos). Por ello, tras una vida de experiencias más o menos aprovechadas que dura algunas décadas, y tras la muerte de la personalidad y un tiempo de asimilación y de reposo, el ser espiritual del microcosmos debe adoptar otra personalidad que experimente, de

nuevo, en este mundo espacio-temporal. Este ciclo de vida y muerte, de manifestación visible y de no-manifestación del microcosmos, es lo que desde antaño se conoce como rueda de las encarnaciones.

Cada encarnación, mediante la adopción de una nueva personalidad natural, ofrece al microcosmos una nueva oportunidad. La vida, el mundo, son su escuela. Los conflictos, los sufrimientos y las alegrías, van dejando un poso de experiencias que hace posible que un día el hombre de la personalidad llegue a escuchar la voz que, desde un pasado remoto, intenta llamar sutilmente su atención.

Como comprenderá, no le hablamos de nada nuevo, de nada que usted no pueda saber ya; pues el verdadero conocimiento no viene de fuera. Toda la información que necesitamos la poseemos ya en nuestro interior. Sólo es necesario redescubrirla, recuperarla.

¿Siente latir ese ser interior en usted? ¿Presiente que puede ser experimentada una vida totalmente diferente, una vida cuya esencia no sea barrida por los cambiantes vientos del tiempo, sino que se desarrolle de gloria en gloria, de magnificencia en magnificencia?

Quizá esta lectura se le revelará especialmente como un profundo reconocimiento si ha sentido esta llamada interior. En definitiva, la rosacruz le está hablando de un camino de regeneración, de un nuevo nacimiento. La semilla, latente en el interior de la tierra, recibe un alimento que le permite crecer, romper la cáscara que la encierra y protege, y desplegarse en la luz.

Este ejemplo, aunque tremendamente limitado, ha sido siempre el símbolo del renacimiento del Hombre Nuevo. La semilla permanece latente en el reino de las tinieblas. La flor, la excelsa rosa inmaculada, pertenece, sin embargo, al reino de la luz.

4. La llamada del Espíritu

“El hombre siempre construye sobre la base de su naturaleza, de su esencia y orientación. Nosotros estamos ocupados continuamente en realizar algo. Por ello, el hombre es realmente un constructor libre. Está capacitado absolutamente para serlo por sus facultades. Cada ser humano construye para sí mismo una morada.”

Jan van Rijckenborgh (La Rosacruz Viva)

Toda semilla necesita alimento, agua y luz adecuados para su desarrollo y maduración. De igual modo ocurre con la semilla espiritual que el hombre porta en su ser más profundo. El despertar del principio espiritual, que hemos denominado Rosa del corazón, es comparable a la gestación de un bebé: necesita cuidados, alimento y protección.

Para acercarse al maravilloso misterio del despliegue de la Rosa, en primer lugar, se debe considerar que todo es vibración, tal como hoy reconoce la ciencia. Todo, desde lo más denso a lo más sutil, posee una clave vibratoria que está en consonancia con sus posibilidades de manifestación. Que un gas, por ejemplo, posea unas características de variabilidad de tamaño y forma que no tiene la materia sólida se debe a que su estado vibratorio es mayor. Por otro lado, nuestra conciencia sólo es sensible a un determinado estado vibratorio: nuestros ojos sólo pueden percibir determinados estados electromagnéticos y nuestros oídos sólo determinadas ondas

acústicas. Sin embargo, son muchos más los estados vibratoriales que no percibimos.

Uno de los principios fundamentales de la física dice que toda onda necesita un objeto que la produzca, una fuente. Esta onda parte desde la fuente que la originó y viaja por el tiempo y el espacio hasta que es atrapada por un receptor que, al encontrarse en un estado vibratorio parecido, la absorbe. Pues bien, con lo dicho probablemente podrá comprender ahora que la Rosa del corazón sólo es mantenida y alimentada por un campo vibratorio, electromagnético, acorde a su naturaleza, muy diferente del estado denso de la materia ordinaria.

Por ello, esta semilla espiritual necesita un alimento muy especial que no se encuentra en los reinos conocidos de esta naturaleza y cuya clave vibratoria sea similar. Este alimento espiritual son los éteres santos que proceden del Reino divino que baña y sostiene toda la creación. Siguiendo con esta terminología cristiana, a esta radiación procedente del reino divino se la denomina la fuerza inmaculada del Espíritu Santo Séptuple.

Lo semejante se atrae. El Espíritu llama a lo que es de su misma condición. Y en consonancia con esta llamada surge una respuesta: Dios llama y la Rosa se orienta. No obstante, no todo es tan fácil, pues hay algo que se interpone a este proceso de llamada-respuesta y lo neutraliza, de la misma manera que una pared de plomo y hormigón retiene, en gran parte, la radiactividad.

Podemos comprender fácilmente esta ley universal si observamos una brújula. La aguja imantada se orienta con toda facilidad en dirección a los meridianos de fuerza que genera el campo electromagnético de la Tierra. Sin embargo, si sometemos la brújula

al influjo de otros campos electromagnéticos (por ejemplo, colocándola cerca de un imán, un motor o una pantalla de ordenador) la aguja pierde su orientación natural y se desvía.

Esto es lo que ocurre con el principio espiritual latente en el hombre. De manera natural debería orientarse hacia lo que es de su misma naturaleza, el Espíritu, e indicar al alma el rumbo que debería seguir. Pero el principio egocéntrico actúa como un fuerte imán, y se erige como director en el microcosmos, encadenando al alma al mundo de lo espacio-temporal y obstaculizando su orientación hacia el Espíritu.

Por lo tanto, comprenderá que, en este mundo espacio-temporal, la Rosa del corazón necesita un campo electromagnético acorde que la alimente y la guíe en su proceso de renacimiento. Los Rosacruces denominamos a este campo vibratorio la *Morada Sancti Spiritus*, que significa la Morada del Espíritu Santo, es decir, un campo de fuerza santificante y purificadora.

La Escuela Espiritual es un campo de vibración vivo, un cosmos de un orden totalmente diferente al campo de la naturaleza terrestre. Los alumnos de esta Escuela Espiritual participan de este campo vibratorio. La construcción de esta morada espiritual tuvo su inicio el 24 de agosto de 1924, gracias al trabajo y la entrega de Z.W. y Jan Leene (el cual tomó más tarde el seudónimo literario de Jan van Rijckenborgh), a los cuales se unió en 1930 la Sra. Catharose de Petri. Gracias a ellos, enviados de la Fraternidad Universal que permanecían en contacto con la pura y serena Fuerza del Espíritu, y de aquéllos que, inflamados por una profunda fe y llevados por el amor a la humanidad, han servido y sirven a su lado, comenzó a implantarse la Rosacruz Viva.

Los miembros de esta Escuela Espiritual intentan vivir a partir de una dimensión que se diferencia notoriamente de las fuerzas del aquí abajo y del más allá. Tales fuerzas naturales se orientan siempre hacia el éxito, las riquezas, el poder, etc., acarreado indefectiblemente el caos y la destrucción. En cambio, cuando permanecemos libres de estas pretensiones egoístas, espontáneamente surgen en nosotros la objetividad, la calma, una visión más amplia de nuestros actos y nuevos enfoques en la gestión de nuestras obligaciones sociales.

La actividad de la Escuela Espiritual refuerza las leyes y fuerzas del campo espiritual que actúa sobre la humanidad, manteniéndose como un apoyo firme para quienes, de verdad, se orientan hacia el Espíritu.

El rosacruz se caracteriza por una nueva actitud ante la vida. El silencio interior y el desapego hacia lo antiguo, conllevan una transformación profunda del ser de la conciencia, debido a la purificación que se opera en los distintos planos de su vida. En la medida que encuentra la Luz en su interior, el rosacruz puede aportarla a los demás y servirles de ayuda.

Permítanos que en el próximo capítulo intentemos explicarle sucintamente las bases del método rosacruz, para que así pueda comprender mejor el camino de este proceso iniciático y su alcance.

5. El Método de la Rosacruz moderna

*“La Unidad de Dios es la única ley de la existencia.
El otro nombre que se le da es Amor. Conocerla y
ajustarse a ella es permanecer en la Vida.”*

"El Libro de Mirdad"
MiKhail Naimy

Muchas son las respuestas posibles que pueden darse a la pregunta ¿qué es el hombre? Por nuestra parte, a lo largo de los anteriores capítulos, hemos intentado presentarle la doble naturaleza del ser humano. Por un lado, el ser de la personalidad, el núcleo egocéntrico, que no podemos considerar único, sino múltiple, por cuanto que no se manifiesta de una forma única sino que presenta un rostro diferente en función de las circunstancias. Por otro lado, el microcosmos, el ser original, cuya manifestación se encuentra mermada en el momento actual, y que contiene en su interior un núcleo espiritual latente, la Rosa del corazón.

El ser humano que, tras muchas experiencias dolorosas y decepciones, comienza a percibir la llamada de la eternidad en él, asciende el primer escalón del camino que la rosacruz denomina la quintuple Gnosis: el DISCERNIMIENTO. Este camino debe adecuarse al estado de conciencia general de la humanidad; no obstante, su concreción es el resultado de los trabajos desplegados por la Fraternidad Universal desde el origen de los tiempos.

El discernimiento es un signo de madurez espiritual que se adquiere por la experiencia de la vida. Por él, el ser humano presiente de

manera incontestable que en su interior más profundo se encuentra la esencia no-manifestada de una vida nueva, que se basa en unos valores muy diferentes a los que impulsan la actividad del ego. Por el discernimiento, el ser humano se sabe un “nacido de Dios” y que ante él se encuentra un camino de desarrollo ascendente que implica, necesariamente, una nueva manera de ver el mundo y de ir a su encuentro, al tiempo que un trabajo de autoconocimiento; en definitiva: una transformación radical de su conciencia.

Pero esta transformación requiere un proceso alquímico. Él recibe ayuda, pues el Espíritu se acerca a él para insuflarle la fuerza y los materiales de construcción necesarios para que pueda realizar el cambio. Sin embargo, no se puede omitir ningún paso. La escalera exige que cada peldaño sea asumido plenamente para que el candidato a la iniciación pueda interiorizar armoniosamente los cambios a los que el proceso le conducirá. Por ello, el proceso alquímico es siempre un camino de auto-iniciación.

Y así se manifiesta inevitablemente el ANHELO DE SALVACIÓN que se eleva espontáneamente desde el corazón como una “fragancia agradable a Dios”. Éste es el segundo escalón de la Quintuple Gnosis. Cuando el candidato comprende que ha “nacido de Dios” y que su vida debería estar en concordancia con este hecho, comienza a poner su vida en orden.

Esta fase del proceso se caracteriza por un estado de “neutralidad”. El candidato discierne cómo es dirigido y encadenado por todo tipo de temores y esperanzas y ya no se deja guiar por ellos, sino sólo por la experiencia: el ser verdadero no teme ni espera nada. Se sustrae, con tranquilidad y lleno de comprensión, de los lazos del mundo de la autoafirmación. En ese momento, las nuevas fuerzas del mundo

espiritual comienzan a circular en su sistema y hacen posible el proceso de transformación de su ser astral.

Llegados a este punto, el candidato da un paso adelante y reconoce que su egocentrismo es la raíz de todos sus conflictos, miedos y ataduras. Por ello, con la ayuda del campo de fuerza de la escuela espiritual, acomete la disolución progresiva del ego que, por falta de alimento, va disolviéndose poco a poco como se desintegra una raíz que ha sido arrancada de la tierra y es expuesta a la luz. La Escuela de la Rosacruz Áurea denomina a esta tercera fase del camino RENDICIÓN DEL YO. Por ella se vuelve posible que el estado de alma natural perecedero, nacido de la tierra, sea substituido gradualmente por otro estado de alma, aquél que tiene su fundamento y origen en el mundo espiritual, y que puede desplegarse a partir del átomo-chispa de espíritu en el microcosmos.

Con toda seguridad, comprenderá que la vida del candidato que ha recorrido estas tres fases se ha transformado radicalmente. Un nuevo fluido espinal inflama su conciencia y ello se traduce, naturalmente, en actos. Vivir a partir de las nuevas fuerzas y estructuras del alma significa actuar basándose en ellas. Ésta es la fase del llamado NUEVO COMPORTAMIENTO DE VIDA.

En esta fase, una nueva personalidad va a sustituir por completo el antiguo estado de ser del candidato, la cual desplegará su actividad a partir de nuevos pensamientos, nuevos sentimientos y nuevos impulsos de la voluntad. Al haberse liberado de la autoafirmación, todas las propiedades y capacidades que yacían latentes en su núcleo espiritual son penetradas por fuerzas nuevas. Es precisamente en ese núcleo espiritual, la Rosa del Corazón, donde se encuentra la fórmula espiritual que, como ley de desarrollo, subyace en dicho hombre.

Esta ley interior que de forma incipiente el candidato comienza a vivenciar, es la expresión de una ley superior, universal, que es la que en definitiva mantiene la unidad de todo el macrocosmos: la ley del Amor. Gracias a ella, el candidato se vuelve consciente de que él mismo, como inteligencia, fuerza y amor individuales, está envuelto y es penetrado por el Espíritu Cósmico.

En esta quinta fase el candidato colabora ahora con las líneas de fuerza creadora del espíritu que le penetran, siendo él mismo UNO con ellas; y esto lo hace fomentando en su entorno y en otros hombres todo lo que pertenece al reino del espíritu. El candidato ha llegado a la quinta fase, la de la NUEVA CONCIENCIA.

No obstante, no hemos de entender el proceso de la quintuple Gnosis como una escala lineal, ya que cada fase es consolidada y desarrollada en las siguientes, del mismo modo que en los peldaños anteriores ya pueden aparecer, y de hecho aparecen en estado embrionario, todas las experiencias de los peldaños siguientes.

Llegado a este punto, el candidato se vuelve un ejemplo vivo de la ley del Amor. Al igual que el Sol entrega su luz y fuerza y es la fuente de vida del sistema planetario, el corazón del ser se vuelve un pequeño sol radiante capaz de aportar fuerzas curativas para los demás.

Sí, usted ya lo habrá intuido: en realidad todo proceso espiritual significa una vida de servicio hacia el mundo y la humanidad. El rosacruz realiza su trabajo en el mundo y cumple escrupulosamente sus obligaciones sociales, pues sabe que aquí abajo se encuentra el suelo de su nacimiento, pero también de su trabajo y desarrollo.

Ahora, tras todo lo que le hemos expuesto, probablemente estaremos en disposición de plantearnos de nuevo la pregunta: ¿Cómo puede una criatura aspirar a algo permanente en un universo caracterizado por el cambio constante? En este momento ya será más fácil comprender dos cosas:

1º Que el ser humano aspira a una vida diferente porque posee un principio-alma, es decir, un ser espiritual latente que le anima, que pertenece a otro orden de vida.

2º Que ese otro orden de vida es posible experimentarlo en esta vida pues no depende del lugar en que uno se encuentre, sino de su orientación vital. En la medida que el ser humano da, recibe; en la medida que permite que la ley del Amor oriente su brújula, la dialéctica santa (es decir, la polaridad que se encuentra en toda manifestación universal) deja de ser experimentada con dolor, para devenir la gran posibilidad de un encuentro real con Dios.

La parte está en el Todo, y el Todo en la parte. El candidato se sabe tripulante de una barca muy especial, aquella de la que antaño se decía que conducía al alma hacia el reino de la luz. Sin embargo, él no es un simple pasajero, no. Todos los que se encuentran a bordo de esta barca son tripulantes y, por este vínculo mutuo, la ayuda circula por doquier, de modo que, cuando uno desfallece, la fuerza del grupo se manifiesta como una ayuda insustituible. El amor es el timonel y su nombre es Cristo. Él marca el rumbo y, bajo su guía, nadie puede perderse.